



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

MI CALA, TU VIDA

Hugo González Quintana



SEGUNDO PREMIO 2012

Es curioso, de aquel lunes tan solo recuerdo una hora y media. Un lunes que se antojaba exactamente igual a todos los demás y que terminó siendo el peor lunes que recuerdo.

Como todos los lunes, de este primer cuatrimestre, me había quedado a comer en la cafetería de *Teleco*. Como todos los lunes dudé entre las dos opciones de cada plato que ofertaba el menú. Como todos los lunes me senté en una fría mesa y engullí sin paladear la comida una vez fue transportada en la bandeja de madera. Como todos los lunes bebí el café hirviendo y me apresuré a mi universidad. Como todos los lunes me delató un pulso acelerado y la respiración agitada al entrar en clase. Como todos los lunes me senté en una de esas sillas de plástico negro tan incómodas y procuré hacer el menor ruido al sacar papel y bolígrafo. Llegué tarde, como todos los lunes.

Las semejanzas acabaron allí. Lo que hacía a ese lunes igual a todos los anteriores había terminado. Esa media hora era lo único común. La hora siguiente tan solo fue un sueño, un sueño muy real y de consecuencias impredecibles.

En cuanto me predispuse a escuchar al profesor un sopor me sedujo. El claro cielo dejaba expedito el camino a unos rayos del sol que sin tardanza venían a acariciar mi rostro con la misma dulzura y suavidad con la que toca una madre la cara de su recién nacido. El estómago lleno se alió con aquel tacto sedoso y, juntos, obligaron a mis párpados a cerrarse. Muchas veces me había ocurrido algo similar: las tres de la tarde, la hora de la siesta, una sala en penumbra donde destaca el resplandor del proyector, una voz monótona y sostenida que emite palabras que traduzco en una nana...

Sí, muchas otras veces me había ocurrido y, con esfuerzo, había logrado luchar por permanecer con los párpados abiertos y prestar atención. Sí. Pero nunca una sensación tan fuerte de pesadez y un sueño tan eficaz.

Sin resistencia me vi transportado a un onírico paraje: una playa hermosa y cerrada. Sucedió con la instantaneidad que tan solo es real en los sueños. Fue tan repentino el cambio que apenas mis ojos pudieron acostumbrarse al cambio de luz. Cegado, fueron mis oídos los primeros en captar la esencia del lugar: un sonido relajante y repetitivo. Un sonido que iba. Venía. Iba. Venía.

Al mitigarse el deslumbramiento, inspiré hondo y abrí los ojos mucho más calmado. Pude analizar el lugar que era mostrado en una perspectiva diferente al plano subjetivo que gobierna la realidad. Gracias a ello, fui consciente de que me encontraba en una cala: una hermosa, cerrada y pequeña cala. Seis elementos la delimitaban y daban forma de U tumbada, abierta al mar, con trazos rectos y ángulos de noventa grados. Tres eran las paredes verticales y altas, tan ajadas por el paso del tiempo que su superficie había quedado lisa. Tenían un color oscuro, un negro dulce y diluido en la humedad que rezumaban como sudor salado de la matriz rocosa. La que quedaba a mis espaldas se encontraba al este y era cortada por dos muros perpendicularmente, de igual envergadura, superficie y color, que se extendían de modo simétrico barriendo norte y sur hasta adentrarse en el mar, al oeste. La arena que pisaba desprendía un calor balsámico, era blanca y de diminutos granos, tan bien tamizados que en conjunto parecían algodón. Caminar sobre ella era lo más parecido a un paseo sobre las nubes. Ese trayecto finalizaba en el quinto elemento: el mar, la mar. Iba. Venía. Iba. Venía. Era una inmensidad domesticada de agua pura y cristalina, con crestas espumosas suaves y apacibles.

Su incansable movimiento disminuía con la distancia y en una lejana franja, situada a la altura de mis ojos, se mezclaba con el cielo azul hermoso.

Como si de un niño me tratase comencé a corretear por aquel lugar: reboté sobre la mullida arena, toqué las paredes, me apoyé en ellas y forzando al máximo mi cuello miré en contrapicado, buscando su cima. Me sentí diminuto. Corrí a zambullirme en el agua y refresqué mi cuerpo. Tumbado sobre la arena, me sequé y ésta se adhería a mi piel húmeda y la protegía. Rodé en todas las direcciones hasta cubrirme por completo con esa coraza de agradable bienestar. Me detuve un segundo. La respiración agitada, los ojos abiertos en su máxima amplitud y una sonrisa perenne mostraban la dicha de mi alma. Un segundo de quietud, respirando, mirando y sonriendo.

Iba. Venía. Iba. Venía.

Me introduje en el mar. Me maravilló su pureza, su color, su fondo y su sabor. Floté boca arriba, cerré los ojos y relajé mi cuerpo en la mecedora de las olas. Estaba embriagado con el licor de la perfección que se destilaba en el alambique de esa cala.

Físicamente cansado de correr, nadar, tocar e inspeccionar permanecí de pie mirando al mar. Las diminutas crestas blanquecinas jugaban con mis piernas y fluían bajo mis pies, arrastraban la arena que me sustentaba y, de nuevo, volvían para estabilizarme. Era relajante, era único, casi místico. Un entorno de cuento ambientado por la sinfonía perpetua: Iba. Venía. Iba. Venía.

Sí, sin duda, era una relación mística. Mi entorno, que yo no entendía como un sueño, era un entorno místico, puro, sin mancha o menoscabo.

El niño en que me había convertido se asombraba de cualquier cambio, se fascinaba con cualquier descubrimiento por diminuto que fuera. Un brillo aquí, una grieta allá, un movimiento furtivo, tal vez de algún pequeño insecto, una nube con forma nunca antes vista. Todo era nuevo. Todo era magia. Todo era grandeza y esperanza.

En un arrebató filosófico pensé: “¿Será una revelación? ¿Estaré frente a la esencia misma de mi vida?”. En cierto modo tenía razón. ¿No comenzamos así nuestro periplo por este sendero que es la vida? ¿No llegamos sin saber cómo a un lugar que debemos descubrir y reconocer y en ese esfuerzo nos maravillamos de todo?

«Sí, se me está mostrando un resumen de mi niñez» concluí. Con esa grata sensación realicé más investigaciones, disfruté de la esencia misma de las cosas. Hundí un oído en la arena y traté de analizar todos los sonidos, busqué el corazón de aquel conjunto. Iba. Venía. Iba. Venía. Iba. Venía. Nada más descubrí con ese sentido: el latido estable de esa playa. Pero el resto... ¡El resto de los sentidos estaban saturados! Curioso como un niño me incorporé y volví a realizar todas las cosas que ya había hecho. Repetí cada movimiento y no pude notar diferencia alguna. Seguía maravillándome.

«¡Qué grandiosa es la mente de un niño!» exclamé para mis adentros. Mi interior bullía extasiado por la situación. Era un recién nacido. Un ser impresionado e impresionable con facilidad que deambulaba en un rincón virgen, rico en sensaciones.

Pero los niños tienen un sinfín de virtudes, muchas de ellas no las deberíamos perder nunca, y sin duda una destacada es la capacidad de aburrirse de todo. Y a mí, me ocurrió eso. Sin llegar a percatarme de que el cambio se producía comencé a perder interés, sentí que mi respiración se relajaba, mis ojos perdían esa amplitud máxima con la que pretendían verlo todo y supe que la cala no podía dar más de sí. Me aburrí de ella. De golpe y porrazo, de modo tan directo como solo en los sueños ocurre, maduré. Crecí. Y con mi cambio, mutó mi entorno.

Lo primero que sentí fue la variación de *tempo*. Ya no era uno pausado. Ya no: Iba. Venía. Iba. Venía. Ahora llevaba otro ritmo algo más acelerado. Algo más intenso. La pausa de los puntos desaparecía: iba y venía, iba y venía, iba y venía, iba y venía. Lo segundo fue la posición del sol: no amanecía, tampoco se acercaba al cenit; lo superaba y comenzaba a declinar. Si el sueño era mi vida ¿Por qué se acercaba a la oscuridad?

Con ingenuidad había concluido que se revelaba en mi sueño el inicio de mi existencia. ¿Podía ser tal? Observé mis manos y ya no eran mías. Los dedos finos y alargados mostraban cierta edad. Una sensación de asfixia me sobrevino al contemplar las altas, ¡altísimas!, paredes verticales. ¡Eran una jaula! La U que formaban me dejaba encerrado en la arena y era el mar, solo la mar, la salida posible. Miré fijamente las olas que rompían. La cresta parecía haber crecido, su fuerza aumentado y su rugido acentuado.

Iba y venía, iba y venía, iba y venía, iba y venía.

Noté cómo una diminuta parte de mi cuerpo mutaba, una célula se contaminaba por el cáncer del miedo. Negué los cambios. No quise creerlos. Rechacé la idea de

que mi cala perfecta se modificara. No era necesario ningún cambio y menos a peor. Era imposible. ¿Por qué? ¿Para qué?

Su partitura repetitiva e infinita ya no me inspiraba tranquilidad sino una calma tensa, esa sensación que precede a una tormenta o un estallido de genio. Se estaba organizando. Lo supe. Estaba almacenando fuerza para liberarla con la crudeza que solo el mar es capaz de liberar. Me vino a la mente la imagen de un Poseidón enfurecido, un Poseidón colérico que, tridente en mano, informaba a sus secuaces de un plan malévolo mientras bordeaba una mesa de oficina en el fondo del mar y recibía las miradas de fascinación y casi devoción de aquellos que tenían determinación absoluta a la hora de cumplir sus deseos.

Comencé a impacientarme, la cala se hizo pequeña. Apenas un cubículo. Al contrario, el tumor del miedo crecía y su avance causaba dolor.

Traté de negar una vez más. Fue imposible, el cambio era obvio. Estaba solo, encerrado. Debía salir antes de que las olas me engulleran. El sol comenzaba a declinar y se aproximaba con presteza a las fauces lejanas del mar. Convenía darme prisa. Tenía que hacer algo. Debía luchar por salvar mi vida.

El miedo desapareció, pero el tumor no. La enfermedad que me debilitaba seguía ahí, con su fuerza erosiva. ¿Era la mar? ¿Esa mar que comenzaba el juego del ratón y el gato siendo completamente consciente de qué papel desempeñaba cada uno?

Veía la franja de arena oscura que dejaba el agua al retirarse. Anotaba mentalmente la distancia que nos separaba y siempre se veía disminuida.

Iba y venía, iba y venía, iba y venía.

Busqué una salida: analicé la pared detenidamente buscando algún saliente en el que apoyarme e iniciar la escalada, traté de bordear las intrusiones de roca al norte y al sur, incluso miré al cielo en busca de ayuda. No existían apoyos, la mar me impedía avanzar y el cielo se encontraba vacío. El cuerpo me temblaba y dolía. La salada humedad atería cada célula indefensa. Estaba solo. Solo ante mi muerte. La metástasis se extendió por todo mi cuerpo. Mi oposición de nada servía. La lucha únicamente conseguía menguar mi energía, minar mi entereza, ampliar mi debilidad, mi miedo y mi asfixia.

El cielo se cubrió de pronto. Las nubes negras oscurecieron mi destino. ¿Era el mío? La banda sonora se aceleró, los bramidos del silbante viento se fundieron con las semicorcheas enloquecidas de la mar: venía, venía, venía, venía. ¡Todo estaba perdido, nada podía hacer!

Se desató la lluvia, rugieron los truenos y el cielo se rasgó por un sinfín de relámpagos. Los esfuerzos tenaces dedicados a buscar una salida, reservados a sobreponerme y vencer ese destino, me debilitaron. Caí sobre la arena, resignado a mi final.

La lluvia me golpeaba y la mar reptaba por mi cuerpo con cada envite.

Venía, venía, venía, venía.

Tumbado con la cabeza al este y los pies al oeste me rendí. ¿Qué más podía hacer? El Sol había sido un faro de esperanza, al cubrirse se la llevó lejos. Y sin ella nada podía animarme, nada me ayudaba a seguir luchando. Un gran vacío llenó mi alma.

Quedé mojado, helado y rendido. Supe que no era mi vida. Supe que no era mi infancia sino el inicio de un final, de una muerte anunciada. Extenuado, con los sentidos atrofiados y la mente embotada sentí que sufría una pesadilla dentro de aquel sueño tan real. Las olas me llegaban a la cintura, la piel se laceraba con cada gota, el dolor del cáncer que me invadía por dentro era insufrible y el viento rugía en mis oídos, con un ritmo constante. Parecía repetir una y otra vez lo mismo. Me di cuenta de que me hablaba. Pronunciaba letras en un alfabeto desconocido. ¿Qué decía? Presté atención y tras unos segundos comprendí: Carlos.

La mar venía, venía, venía y venía. Tumbado, inmóvil como un muñeco, azotado por tales inclemencias vi cómo el agua ascendía por mi cuerpo. Me engullía como una serpiente. Lentamente. Alcanzaba mi pecho. Yo permanecí inmóvil. Venía. Llegaba al cuello. Se retiraba. Volvía. Tapó la boca. Una embestida más y me cubriría por completo.

Un nuevo cambio estableció la calma. La mar volvió a su ritmo pausado y analgésico. Ella había ganado, lo sabía y disfrutaba con el final del juego. Iba. Venía. Iba. Venía.

Tuve un segundo de claridad y con él logré traducir el significado del sueño: la mar era el cáncer, la cala su vida y yo había experimentado su agonía.

Supe que era un castigo, una dura prueba que me hacía ver lo que quedaba lejos. No podía estar a su lado. No podía tenderle la cuerda que le hiciera salvarse de las olas. Su cuerpo había sucumbido ante las incesantes subidas y bajadas de la mar. Durante un tiempo había estado bien, durante mucho estuvo mal. Y yo, yo siempre había estado lejos. Era mi castigo. Mi pequeña represalia. Quería que supiera que él

había luchado y se había consumido en el intento. Volví a mirar mis manos. Esas manos de refinado músico ahora eran hueso. Ya no había salvación, ya no había piedad. Los dolores crecieron y no pude hacer nada. Quedé quieto. Ausente.

El agua salada me cubrió por completo. Se retiró un instante y pude tomar una última bocanada de aire. Me volvió a cubrir. Reposé en el fondo. Se retiró. Seguía cubriéndome. Mis ojos se nublaron con el verde de las algas. Lloré. Lloré en silencio mi propia muerte. Una muerte en sueño, una muerte que no era mía.

La lluvia cesó y atravesando el agua que me cubría me iluminó un rayo de sol. Un rayo de despedida.

–Adiós –me dijo el Sol. Él también moría. Y como él, yo también renacería. Era pasajero, una muerte menor. Al partir, él dejaba lugar a la noche pero yo al morir, despertaría a mi realidad, a mi agonía, a su ausencia. No pude soñar con ello. Me centré en la muerte. Me centré en la experiencia que otorgaba su acercamiento. Llegaba y con ella la paz, la serenidad y el bienestar. Ya no tenía por qué luchar, ya no sentía miedo, la agonía daba fin, podía descansar. Era una recompensa ante mi esfuerzo. Pero sabía que no era para mí. Yo no había luchado, yo no había sufrido, yo no había experimentado la agonía del cáncer. Yo solo había soñado. Soñado y permanecido lejos. Muy lejos.

Mis sentidos fueron apagándose. Dejé de sentir frío. Nada olía. De fondo escuchaba el balsámico sonido que producía el mar sobre mí: iba. Venía. Iba. Venía.

Lentamente, muy despacio, mientras dejaba de ser yo y pasaba a ser parte de algo mucho más grande e inmenso como es el mar, cerré los ojos.

–Adiós. Hasta siempre. –Esa voz no era mía. Carlos se despedía usando el viento. Y por el brillo fuerte de ese sol supe que me perdonaba. Miré una vez más el cielo a través del agua salada. Seguí llorando una pérdida irrecuperable. Busqué en mi interior la infinidad de momentos que habíamos pasado juntos y los repasé con amor, con nostalgia. Esos momentos que por siempre serían suyos y míos. Mi cuerpo no respondía, todo terminaba. Mis ojos se cerraron lentamente, siempre mirando al sol. Los párpados pesaban. La vida se iba lentamente de mi cuerpo.

Todo se oscureció. Reposé en un limbo incorpóreo, en la nada.

Cuando abrí los ojos, la clase estaba vacía. Mi cuerpo convulsionado por la experiencia onírica no me sostenía. Las imágenes de otro tiempo se mezclaban con la realidad. Las lágrimas mojaban mis mejillas y la mirada sonriente de Carlos se clavaba en mí con amor, con comprensión. Cuidadosamente me alejé de la oscuridad que predominaba en la sala, le tenía miedo, necesitaba volver a ver el sol. Decidido y con pasos titubeantes salí del aula. En medio del pasillo sonó el móvil. Antes de descolgar conocía la noticia. La voz de mi madre solo sirvió para confirmarla:

–Miguel, Carlos ha muerto.

No contesté, solo colgué. Corrí, corrí hacia ningún lado, siguiendo el sol, ese sol que hacía una hora me había acariciado y ahora me perdonaba. Cansado de mi alocada carrera caí a plomo en un jardín. Boca arriba, mirando el sol. Lloraba y recordaba. Recordaba y lloraba. Era en un círculo de nostalgia y sentimientos encontrados. Un recuerdo me llevaba a otro, con ellos lloraba y me castigaba. Yo no podía perdonarme. Ya era tarde para hacer nada. Solo podía despedirme de él.

Sabía que estaba lejos, muy lejos, a una distancia insalvable. Pero alcé la voz tanto como pude, mi estado solo me permitió emitir ahogadas palabras por el llanto.

–Adiós, Carlos, mi tío... –Me costaba respirar–. Gracias por todo... –Una lágrima recorrió mi rostro y sentí su fría humedad–. Siempre te llevaré conmigo. –La emoción desbordó mi cuerpo.

En aquel momento sentí una brisa que me acariciaba el rostro y supe que mi tío me había escuchado, que no estaba tan lejos, que siempre permanecería a mi lado. Cerré los ojos dejando que me acariciara el sol, que me rozara el viento y nada más recuerdo de ese lunes de universidad.